

## Apuntes autobiográficos de Arminio Martínez Niochet (1912-1988)

Recopilados por su hijo, Dr. Edgar Martínez Aguirre

### Apuntes autobiográficos

Nací el 13 de mayo de 1912, en Porlamar, Estado Nueva Esparta. Fui el último hijo de Vita Niochet Rísquez y Antonio Rafael Martínez Salazar, ambos margariteños. Mis padres tuvieron 10 hijos, nací prematuramente (sietemesino). Es de imaginar todos los tropiezos que tuve para sobrevivir, en un medio pobre, con una medicina poco floreciente, y frente a los graves problemas, que hoy conocemos, en los niños prematuros. Cuentan que para darme calor me envolvían en grandes trozos de algodón y que podían sostenerme con una sola mano (nunca supe qué peso tuve al nacer). La alimentación al seno, que en ese entonces era práctica corriente, era imposible en mi caso, pues tenía la boca tan pequeña y tal dificultad para succionar, que mi madre se exprimía el seno y con algodón o mediante gotero vertían la leche gota a gota en mi boca. Debe haber sido una etapa muy difícil, pero poca información tuve de esos primeros y complicados meses. De mis hermanos conocí siete: dos varones y cinco mujeres.

Mis padres decidieron abandonar la Isla y venir a Caracas, cuando yo tenía apenas nueve meses. Se que la familia vivió primero en los alrededores del Parque Carabobo y poco después nos mudamos entre las esquinas de Paraíso a Dr. González, a sólo una cuadra del Palacio de Miraflores. Esa es la única casa que recuerdo desde niño hasta que la abandoné cuando me gradué de médico y casi inmediatamente me casé. De mi niñez no guardo recuerdos importantes, solamente un viaje por mar hasta Higuero donde vivió mi hermano Aníbal y con quien estuve por unos meses.

En Caracas, la escuela primaria, o sea, hasta el sexto grado, la hice en un Colegio en la Pastora, que luego se llamó República del Perú, bajo la dirección del gran educador Prudencio Diez, situada frente a

la plaza de la Pastora, en 1926. Comencé bachillerato en el Colegio San Agustín, que dirigía el distinguido pedagogo Cruz Guitián; allí terminé el 1er. año, pero luego me consiguieron una pequeña beca para entrar como alumno interno en el Liceo Caracas que lo regentaba nuestro gran novelista, Don Rómulo Gallegos. El Colegio tenía un alumnado numeroso y muy buenos profesores, estaba situado en la esquina de Cuartel Viejo, a solo media cuadra de otro gran Colegio, el Instituto San Pablo, que dirigían los hermanos Martínez Centeno, situado entre las esquinas de Pineda y Cuartel Viejo.

En el internado del Liceo Caracas habíamos muy escasos alumnos, tal vez diez o doce, y convivíamos con la familia Gallegos como una gran familia. Recuerdo a Doña Teotiste, la digna esposa de Don Rómulo y a la madre de ella, Doña Jesucita, quienes eran nuestros ángeles tutelares. Para esa época recibí clases de álgebra del propio Rómulo Gallegos, quien era muy exigente en la materia, especialmente para los alumnos internos. Recuerdo el gran patio cuadrado, lleno de árboles y arbustos de flores, con sus amplios corredores y a un lado el salón oficina del Director. Por las tardes, Don Rómulo escribía incesantemente y fumaba a la par, pero tan absorto se encontraba a veces, que no paraba de escribir mientras el cigarrillo se consumía entre sus labios, y sólo se daba cuenta cuando la ceniza caía en la página que escribía. En ese tiempo se rumoraba que estaba escribiendo una novela que se llamaba “La Coronela”, pero que después le cambió el nombre por el de “Doña Bárbara”, que realmente lo hizo famoso, aunque ya Don Rómulo Gallegos o el Bachiller Gallegos, como también lo llamábamos, había escrito otras dos novelas: “Reinaldo Solar” y la “Trepadora”, con las que se había iniciado su fama de novelista.

Los internos vivíamos en la planta alta y la familia Gallegos en la planta baja y posterior del edificio. Recuerdo más de una vez haber observado desde una ventana que daba sobre el patio, cuando ya el bullicio juvenil había cesado, pasearse a la pareja, Don Rómulo y Doña Teotiste, por los penumbrosos corredores, él, rodeándola por la cintura, a paso lento, pues ella adolecía de un trastorno de la marcha, no se debido a qué.

En 1928, Don Rómulo Gallegos viajó a España, creo que en función de publicar “Doña Bárbara”, y estando él ausente, una mañana hubo gran revuelo en el Colegio, agentes del Gobierno de Gómez, hacían una investigación sobre una carta contra el Dictador, que había sido redactada y firmada por alumnos del Liceo. Fueron llamados uno a uno, y mi nombre también aparecía: A. Martínez. En realidad desconocía dicha carta, pero mientras se investigaba, fui llevado con otros a la Policía de Caracas. Fue una experiencia aterradora, la policía y las cárceles de Gómez llenaban a todos de horror, así que supe que mi familia se movilizó de inmediato, con gran angustia, hasta llegar a un amigo, el Coronel Baltasar Díaz Peña, quien era Jefe del Cuartel San Carlos, donde estaba en custodia el parque nacional de guerra. Supe que el Coronel Díaz Peña, junto con mi padre fueron a conversar con el General Sayago, alto personero de la Gobernación del Distrito Federal y del gomecismo, y después de mil ruegos y promesas obtuvieron mi libertad. Sólo pasé detenido unas doce horas, pero tal era el ambiente político de la época, que constituyó un duelo para toda la familia. Poco después terminé el segundo año de bachillerato, pero la familia estaba muy inquieta por mi detención en la Policía, así fue que por la influencia de un primo, Antonio María Rodríguez, quien trabajaba en el Ministerio del Interior, se consiguió una beca para el Liceo San José de Los Teques, considerado casi como un correccional, debido a su férrea disciplina, que dirigía el Dr. Arocha, a quien llamaban el Tigre; pero cuando llegué a Los Teques, el viejo Arocha enfermó y murió al poco tiempo. Lo sucedió su hijo Don Jesús María Arocha. Realmente, Don Jesús Arocha me tuvo grandes consideraciones y fui amigo de toda su familia. En el Liceo San José cursé el tercero y cuarto años de bachillerato, fue una época de gran rebeldía, ante la severa disciplina del Instituto, pero me hice más fuerte y estudié más y mejor, de modo que terminé el examen integral de secundaria con calificación de 20 puntos. En el Liceo de Los Teques aprendí disciplina; todo a su

tiempo: horas de clases, de estudio, de deportes, de descanso. Conocí muy buenos profesores, entre ellos al bachiller Tulio Briceño Maaz, quien estudiaba medicina en Caracas y daba clases por las tardes, era tan introvertido, serio y estudioso que ya entonces lo llamábamos Don Tulio. Terminé el bachillerato en 1930, sin haber sido aplazado ni una vez en los cuatro años.

Apenas terminada la secundaria, y de nuevo en Caracas, no me fue difícil decidir sobre la elección de “carrera”. Creo que mi vocación hacia la medicina fue influenciada por la veneración que en mi casa se tenía por el Dr. Francisco Antonio Rísquez, hermano de mi abuela materna Vita Rísquez de Niochet, y a quien todos mencionábamos como “Tío Pancho”. Mi inscripción en la Universidad Central fue fácil, porque no había gran número de estudiantes para dichos estudios. Como era tradicional que lo más difícil del comienzo de los estudios médicos era la Anatomía Humana, me empeñé en comprar los cuatro volúmenes de la Anatomía de Testut, y sin tomar días de vacaciones comencé ávidamente a leer mi nuevo libro, desde el prólogo. El inicio de mi asistencia a la Universidad Central fue emocionante, nuevo ambiente, nuevas materias y cierta independencia sobre cómo y cuándo estudiar. La Universidad con sus dos grandes patios engalanados por sendas estatuas de Vargas y Cajigal, largos corredores, amplios salones de clases, un adusto Rectorado presidido por el Dr. Plácido Daniel Rodríguez Rivero, a quien se veía más como el jefe civil de la comunidad universitaria que como figura descollante de la ciencia.

Los comentarios sobre la rudeza con que trataba a los estudiantes el Profesor de Anatomía, Dr. José Izquierdo, despertaron mi curiosidad desde un principio, y en efecto fueron impresionantes las primeras clases. El Profesor Izquierdo, alto, fuerte, de fácil memoria y envidiable habilidad para el dibujo, maravillaba verlo ante el pizarrón con tizas de colores, y todo a prisa, pintar rostros, huesos, músculos, articulaciones, etc. En las primeras clases el maestro me alcanzó en lo que había leído por casi dos meses, fue entonces cuando me di cuenta que tenía que hacer un gran esfuerzo y aumentar las horas de estudio; que ya el estudio flojo del bachillerato tenía que ser superado. Las otras dos materias del primer año: Histología Normal y Química Médica, realmente no tenían profesores que nos entusiasmaran, las clases teóricas eran aburridas, no teníamos clases prácticas de rutina, de

modo que la Anatomía llegó a ser la parte central del estudio. Rápidamente se pasó el primer año y pude aprobarlo con bajas notas en Histología y Química, distinguido en Anatomía.

El año siguiente la expectativa era Anatomía de nuevo, estudiada en cadáveres; se continuó con Anatomía Descriptiva por el Dr. Izquierdo y Anatomía Topográfica por el Dr. Rivas Morales. Además comenzábamos con Fisiología Humana, en cuya materia tampoco tuvimos un Profesor brillante, y por tanto su estudio no fue inteligentemente conducido. El estudio sobre cadáveres es una inolvidable experiencia, el sentido mismo de la muerte, la frialdad al tacto, el olor penetrante del formol y otros líquidos conservadores, así como nuestra curiosidad mezclada con ignorancia, hacen del trabajo de disección en cadáveres una actividad impactante y a veces repugnante; pero es allí donde se aprende lo que después vamos a manejar en los vivos, es pues una necesidad. Finalizamos el segundo año sin tropiezos, con baja nota en Fisiología y mucho mejores en Anatomía Descriptiva y Topográfica.

Para el tercer año la expectativa era la iniciación en el contacto con enfermos, la asistencia a un gran hospital, como era el Hospital Vargas de Caracas para entonces, se nos hizo apremiante, así que ya me consideraba un estudiante del tercer año y por tanto con derecho a empezar nuestra práctica hospitalaria. En tal sentido la ansiedad era tal, que no pensé en disfrutar vacaciones, sino en entrar cuanto antes al Hospital Vargas. Allí fui acogido con benevolencia e interés, empezando a curiosear por todos los rincones: salas de hospitalización, quirófanos, consultas externas, laboratorios, sala de autopsias, dormitorios de médicos y estudiantes, etc. Estaba fascinado; empecé a estudiar libros de Patología General, a ver exámenes de pacientes por médicos y estudiantes superiores, a observar curas de heridas, a comprender la necesidad de controlar los signos vitales diariamente, pulso, tensión, temperatura, respiración; a averiguar sobre el dolor, el sueño, la ingesta y excreta de cada paciente, su estado de ánimo, etc. Muy pronto todo se me hizo familiar, y conociendo mi interés me dejaban hacer; empecé a poner inyecciones, aun intravenosas, a practicar pequeñas curas, a asistir a operaciones. Para ese tiempo no existía la especialidad de anestesiología, así que los médicos, los estudiantes de años superiores y algunas enfermeras, daban anestesia general con éter, usando la llamada máscara de

Ombredanne. Una mañana, en el quirófano, se buscaba un anestésista y no se encontró uno adecuado a mano, por lo que se me pidió que yo administrara la anestesia con éter. Yo tenía algunas nociones teóricas sobre cómo hacerlo y contaba con la colaboración y consejo de algún profesional. El enfermo era un hombre joven de piel oscura a quien iban a efectuar una operación en un pie. Llené el depósito con éter, puse la escala en "O", apliqué la máscara sobre la cara del paciente y lo invité a que respirara tranquilamente, mientras que lentamente movía el marcador a "1" y poco después a "2", pero el paciente comenzó a excitarse y dos individuos del personal auxiliar tuvieron que sujetar fuertemente al enfermo en la camilla. El cirujano, Dr. Hérmán de las Casas, que efectuaba el cepillaje de sus manos antes de iniciar la operación, dejó el lavabo y con el fin de ayudarme sostuvo al paciente con fuerza, a la vez que me indicaba que pasara la aguja del aparato a "8", o sea el máximo, de manera que tan gran cantidad de éter llevara al paciente a la inconciencia. En pocos segundos el paciente se relajó y el cirujano continuó con el lavado de las manos. Yo estaba seguro de que la cantidad de éter era excesiva y muy temeroso bajé el control del aparato a "2", a poco el paciente comenzó a agitarse y el cirujano me miró acusador, por tal motivo subí de nuevo el éter a mayor cantidad. En efecto, la anestesia se estabilizó, el paciente fue trasladado a la mesa operatoria y yo, con mucho miedo, sólo controlaba los latidos del corazón a través de las arterias del cuello, no noté cianosis debido al color negro de la piel y cuando aún la operación no había terminado le informé al cirujano que ya no sentía pulso en las carótidas. Se detuvo la operación y el médico hizo el diagnóstico de "paro cardíaco", comenzando maniobras de resucitación, pero todo fue en vano, y el paciente murió. Por supuesto que yo me sentí el más culpable y hasta me pasó por la mente que sería puesto a la orden de la justicia. Nadie me decía qué debía hacer, y con gran pesadumbre abandoné el quirófano y luego el Hospital. Pasé el día inquieto, la noche sobresaltado; pero al levantarme me dispuse a volver al Hospital. Horas después me solicitaba la Dirección del Hospital, a donde también había acudido el Dr. de las Casas. Se habló del caso con detalles y luego me dejaron ir. No hubo recriminaciones ni penitencia, ésta la llevé adentro por muchos días y aún recuerdo con pesar el acontecimiento. Así pues, en plenas vacaciones, o lo que debía serlas, entre segundo y tercer año de medicina, aprendí toda la

responsabilidad de ejercer la función de médico. Fue un serio bautismo.

La distribución del trabajo hospitalario para los estudiantes de medicina, estaba repartido en la forma siguiente: los de quinto y sexto años formaban el grupo de internos, y estos a su vez dirigían u orientaban a los de tercero y cuarto años. Mi interno para los años 1932-34, fue el bachiller Tulio Briceño Maaz, quien ya había sido mi profesor en el Liceo San José de Los Teques en los años 1928-30. Mi actividad en el cuidado de los pacientes era extrema, no sólo para mantener la historia clínica y notas de evaluación, sino también para aplicar inyecciones, curas de heridas y especialmente en consolar y dar ánimos a los enfermos.

El Hospital Vargas se convirtió en mi segunda casa y las clases a las que teníamos que asistir en la Universidad, sólo eran parte obligada de mi actuación como estudiante; pero mi pasión por ver enfermos, mi entusiasmo por hacer un diagnóstico, mi dedicación a los pacientes, eran fuente de verdadera y constante actividad. Intrigados por diagnósticos dudosos, un grupo de compañeros nos reuníamos para discutir o estudiar diversos problemas, lo que nos hacía progresar. Los condiscípulos Joel Valencia Parpacén, Pablo Izaguirre, Humberto García Arocha, Adolfo Pons, Pedro J Alvarez, Manuel Vicente Méndez Gimón, Raúl Ramos Calles, Francisco Montbrun, Fernando Rubén Coronil, Lya Imber, Francisco Scannone, Pedro González Vera, y otros más, sentíamos las mismas inquietudes y los mismos deseos de aprender. En general, los estudiantes de medicina que hicimos carrera entre 1930-1936, formamos un grupo excelente y en términos generales fue muy destacado. Respetábamos a los profesores, y estos, por su parte, nos tenían especiales consideraciones. Después del tercer año, el estudiante de medicina progresa en conocimientos, en actividades de mayor responsabilidad, a nuevas materias, así que se abren nuevos horizontes: Patología General, Medicina Operatoria, Bacteriología y Parasitología; para continuar en los años siguientes con Patología Externa, Patología Interna, Medicina Tropical. Lo que se agranda en los otros años con Clínica Médica, Quirúrgica, Obstetricia, Terapéutica General y Aplicada, Toxicología, Medicina Legal, etc.

Para 1933, o sea, en tercer año, conocí a una joven que de inmediato marcó un cambio en mi vida, pues me enamoré de ella fervientemente, y mi pasión por la medicina tuvo que ser compartida. En 1934

mis amoríos se hicieron más formales y pareciera que me dieron fuerzas para estudiar con más ahínco, y en tal sentido mis notas de exámenes mejoraron.

Siendo estudiante todavía, escribí y publiqué sobre “Constipación”; “Los catarros”; “Un caso de derrame traumático de serosidad de Morai-Lavalle”; “Los niños en el Leprocomio de Cabo Blanco”; “Certificado Médico Prenupcial”. Dicté una charla por Radiodifusora Venezuela sobre “Educación Sexual”, patrocinada por la Federación de Estudiantes. Formé parte, junto con Joel Valencia Parpacén y Raúl Ramos Calles, de la Comisión de Higiene y Asistencia Social de la Federación de Estudiantes; se logró la fundación de un Dispensario Médico: “Guillermo Prince Lara”, en Catia, en donde trabajé con entusiasmo. Entre 1935-36, trabajé como técnico de laboratorio en la sección de hematología y bacteriología.

Ya para terminar los estudios de medicina teníamos que preparar una tesis, para optar al título de Doctor en Ciencias Médicas, mi tema escogido fue “Eritema Nudoso”, una enfermedad poco conocida entonces y de la que pude reunir 20 casos en el curso de dos años. El jurado para la tesis doctoral fue compuesto por los Dres. Francisco Antonio Rísquez, Julio Criollo Rivas y Miguel Jiménez Rivero. Después de su aceptación, dicha tesis tenía que ser llevada a la imprenta, para dejar en la Universidad 20 ejemplares. Igualmente se requería una tesis para obtener el título de Bachiller, indispensable antes de pedir el grado de Doctor. Es de observar que al terminar los estudios de secundaria, llamado bachillerato, se nos otorgaba por el Ministerio de Educación, un “Certificado de Suficiencia Secundaria”, con el cual nos inscribíamos en la Universidad. Así pues, como era costumbre, tuve que escribir y presentar mi tesis de bachiller, cuyo tema fue: “Ácidos y bases; acidez y alcalinidad. Acidimetría y alcalimetría. El símbolo pH”, que fue presentada también a la Universidad y el jurado integrado por los Dres. Rafael Campo Moreno, José Antonio O’Daly y Hans Ossot.

En medio del torbellino que significaba la finalización de los estudios médicos, con la ejecución de dos tesis, la presentación de exámenes finales del 6° año, teníamos que prepararnos para el llamado examen integral de medicina, que era un examen individual ante un jurado de cinco profesores. En mi caso me fueron asignados los Dres. Alfredo Borjas, Miguel Pérez Carreño, José Antonio O’Daly, Juan Ricardo Blanch y Jorge González Célis. Se

presentaba una prueba escrita, otra oral y al final una práctica frente a un enfermo; cada prueba en días distintos. Este examen final, es de muy grata recordación porque después de la prueba oral que terminó en horas de la noche, el Dr. Miguel Pérez Carreño me llamó para obsequiarme, como un recuerdo, cinco papelitos en donde cada Profesor del Jurado, había consignado su calificación personal: eran cinco “veintes”. Este gesto del Profesor Pérez Carreño me llenó de orgullo y me calmó mucho, para presentar al día siguiente la última prueba práctica con un enfermo del Hospital Vargas. En efecto, el examen resultó sin ningún inconveniente, y después el jurado dio las notas finales: prueba escrita: 20 puntos, prueba oral: 20 puntos y prueba práctica: 20 puntos. Así salí del Hospital Vargas al que tanto debía y quería.

El 31 de julio de 1936, por la tarde y en el Paraninfo de la Universidad Central de Venezuela, el cual es actualmente el Salón Central del Palacio de las Academias, muy formalmente vestidos con paltó-levitas, uno a uno teníamos que pedir al Ciudadano Rector, Dr. Salvador Córdoba, nos otorgara el título de Doctor en Ciencias Médicas, ante un numeroso público, pues la sala estaba llena por la graduación de muchos médicos, ingenieros y abogados. Anteriormente, era costumbre que el nuevo Doctor debía decir un pequeño discurso desde la tribuna que había para tal efecto. Como en esta ocasión éramos muchos los graduandos, el Rector había pedido que por cada Facultad sólo hablara uno de los nuevos doctores. En forma inesperada, mis condiscípulos en la graduación de ese día, me pidieron que hablara por todos, lo cual era un compromiso, ya que yo tenía un enfoque personal de lo que iba a decir. Pero todo tenía que seguir adelante y acepté. Cuando pronuncié las palabras de rigor. “Ciudadano Rector, habiendo como he cumplido, con los requisitos exigidos por la Ley, ruego a Ud. otorgarme el Título de Doctor en Ciencias Médicas”, no sé como pude hacerlo, tal era la emoción que me embargaba, ni cómo pude llegar frente a las autoridades universitarias que presidían el acto y que estaban a unos 10 metros de donde nos encontrábamos nosotros. El Rector, después de tomarme un juramento, me impuso una medalla de oro, sujeta con una cinta amarilla, que es el color de la Facultad de Medicina, y me dió un diploma. Después del otorgamiento de medallas cada uno del grupo con el mismo ceremonial, el Secretario de la Universidad, como estaba programado dijo: “Los

Profesores Dres. Alfredo Borjas y José María Ruiz Rodríguez se servirán llevar a la tribuna al Dr. Arminio Martínez Niochet, para el discurso de costumbre”. Fue la primera vez que me oí llamar Doctor, y me llevaban a una tribuna dorada, imponente, ante un público emocionado de graduandos y familiares. Me ahogaba la emoción. No se como pude leer lo escrito, se que pedí como una necesidad académica, la Autonomía Universitaria, y que la mayor parte de mis palabras a nombre de todos fue para exaltar y dar repetidas gracias al Hospital Vargas que nos había acogido y nos había formado.

Estoy seguro,- visto en retrospectiva, que no he tenido en mi vida un día más emocionante, más pleno, más intensamente esperado. Me sentí orgulloso pero muy pequeño ante el peso de la responsabilidad de ser médico, frente a la realidad de mis pocos conocimientos y de la fe que depositarían en mí los enfermos que ocurrieran a consultarme. Fue un día excepcional, pero es bueno agregar que junto a mí, compartiendo esa emoción estaba mi novia, Leonor Aguirre, quien me había acompañado como mi mejor amiga para darme fuerza en mis estudios y para diseñar mi próximo futuro, pues en nuestros planes estaba casarnos cuanto antes pudiéramos.

Al día siguiente de graduado tuve mi primer enfermo privado. El Dr. Rafael Campo Moreno, mi primo, había sido llamado para ver a un niño en el Hotel Majestic, el mejor de Caracas para esa época, y él había recomendado que lo viera yo. El niño de pocos meses, hijo de uno de los secretarios de la Embajada de Brasil en Caracas, sufría de diarrea desde hacía varios días, había sido visto por otro médico, pero el niño continuaba mal. Es de advertir que para ese tiempo no se estudiaba Pediatría como materia especial en el curso de medicina, pero había algunos especialistas y ya se iniciaba una consulta para niños en lo que fue después el Hospital “José Manuel de Los Ríos”, por detrás del Hospital Vargas. Allí, el Dr. Gustavo H. Machado y mi compañera Lía Imber fomentaban la creación de un Hospital Infantil, que se inauguró en 1937, o sea, al año siguiente. Igualmente debo recordar que el Dr. Ernesto Vizcarrondo, comenzó a hacer consultas para niños, en la Consulta Externa del Hospital Vargas; y yo, como estudiante interno del Hospital, lo acompañaba. Esta disgresión sirve para aclarar, que si bien no conocía profundamente pediatría, los niños enfermos no me eran extraños y cuando fui a

ver mi primer cliente, a pesar de sentir una fuerte emoción, también me sentía seguro. Después de escuchar a los padres y examinar al niño, ordené regularizar la dieta y receté unos polvos con “Tanalbina” (se trataba de una sustancia parecida o derivada del tanino). Terminada la visita, el padre del niño me acompañó hasta la entrada del Hotel, y quedamente me preguntó ¿Cuánto le debo? Con voz trémula le respondí: diez bolívares. Me pagó y se marchó muy contento. Por la noche, esos primeros diez bolívares se los entregué muy orgulloso a mi novia.

En los días siguientes el problema era encontrar trabajo, era típico que los nuevos médicos pasaran un tiempo en el interior del país. El gran empleador de médicos era el recién creado Despacho de Sanidad y Asistencia Social. Para esa época, el paludismo era una terrible epidemia en Venezuela y realmente como médico temía contraer la enfermedad. Informado en Sanidad de las plazas posibles donde ejercer, me fijé en Nirgua, en el Estado Yaracuy, porque la altura de la población estaba en los 700 m sobre el nivel del mar, y suponía que allí habría poca posibilidad de que hubiera paludismo, ya que los mosquitos transmisores del mal, se desarrollaban especialmente en tierras bajas y calientes. Así fue que acepté viajar a Nirgua en el mismo mes de agosto, para lo cual recibí un Oficio que decía así:

**Ministerio de Sanidad y Asistencia Social**  
**Dirección Administrativa.**

Por disposición del Ciudadano Presidente de los Estados Unidos de Venezuela y resolución de este Despacho, con fecha de hoy, Ud. ha sido nombrado con el carácter de SUPERNUMERARIO Médico Residente en Nirgua, al Servicio de la Campaña contra el Paludismo.

Lo participo a Ud. para su conocimiento y demás fines.

**Dios y Federación**  
**Santos A. Dominici (Ministro)**  
24 agosto 1936

Esta decisión de marcharme al interior tenía varias interrogantes: ¿Cómo sería Nirgua? ¿Me permitiría vivir y hacer un pequeño ahorro teniendo un sueldo

de Bs. 600 mensuales? ¿Podría casarme pronto como era mi deseo? Con todo entusiasmo, pero con la temible contrariedad de alejarme de mi novia, me marché con una gran fe en el futuro. La Medicatura de Nirgua estaba acéfala, pues el Dr. Félix Pifano que me había precedido, había renunciado. Llegue allí, después de un largo viaje, pues tuve que pasar por San Felipe, Capital del Estado, ya que la vía por Valencia, mucho más corta, estaba interrumpida. Fue toda una odisea, llegamos al atardecer y me alojé en un pequeño hotel, el único que había.

Mi primera impresión, llena de curiosidad, fue buena; pero había que enfrentar una situación bien difícil. No había ninguna oficina, ni medicatura propiamente dicha, sólo un pequeño hospicio para ancianos e inválidos, llamado “Padre Olivero”, atendido por Hermanas Catequistas de Lourdes, en donde organicé una mala hospitalización de doce camas y una Consulta Externa, pudiendo sólo efectuar unas pequeñas operaciones y hasta amputaciones de emergencia, con instrumentos de mi propiedad y en desesperante situación. Sin embargo, durante la Semana Antivenérea dicté una charla sobre Enfermedades venéreas, en el local de la Sociedad de Obreros y Empleados. En el Colegio de Varones di otra charla para la campaña provacunación antivariólica, en momentos en que un brote epidémico de alastrím apareció en casi todo el país. A esta charla concurrieron estudiantes y sus familiares.

También participé allí con ayuda de un microscopio de mi propiedad y un muy rudimentario laboratorio, exámenes de orina, heces y sangre. La Farmacia era escuálida y estaba regentada por un curandero, quien después llegó a ser Jefe Civil de Nirgua. Las consultas privadas, supuestamente pagadas, fueron muy escasas, así que, en cuanto a dinero la situación no fue buena. La gente amable, y el Cura de la única Iglesia, el Padre Víctor Bellera Arocha, fue para mí un gran compañero. El Padre Bellera, había sido secretario de Monseñor Montes de Oca, quien fue expulsado del país por cuestiones políticas, y su secretario enviado a Nirgua casi como castigo. Fue un amigo excepcional y continuamos nuestra amistad hasta su muerte en Valencia. Llegó a ser designado Monseñor.

Las relaciones epistolares con mi novia, eran extensas y se concertó el matrimonio para el 1º de diciembre de 1936; ayudándome en todos los trámites mi amigo de la infancia y fidelísimo compañero Porfirio García Barrios, quien ya había terminado la

carrera de abogado. Llegué a Caracas, 28 de noviembre y nos casamos como habíamos decidido el día primero de diciembre, fecha escogida porque mis padres se habían casado ese mismo día. Efectuada la boda prontamente tuvimos que regresar a Nirgua. Llegamos a una casa muy humilde y tuvimos la ayuda de una mujer de servicio. La casa era amplia para tres personas, la dotación de muebles muy pobre; pero cuando hay amor, las necesidades físicas pueden llevarse al mínimo. La luna de miel fue esplendorosa en medio de estrecheces incontables, pero nos habíamos preparado por más de dos años para soportar todo con tal de estar juntos. Sólo pude estar en Nirgua siete meses y tuve que renunciar, por condiciones inaceptables impuestas por el Ministerio de Sanidad. Para abril ya estábamos en Caracas, y mi mujer embarazada. Llegamos a la casa de mi hermano Aníbal, quien siempre fue un segundo padre para mí. Mercita, su compañera, se entendió muy bien con nosotros y formamos una familia unida.

Mi actividad en Caracas fue intensa, pero poco remunerativa. Trabajé en el Servicio de Cirugía Ósea y Ortopédica del recién fundado Hospital de Niños de Caracas, “Dr. José Manuel de los Ríos”, desde abril a junio de 1937, junto con mi compañero Pablo Izaguirre, quien era Adjunto del Servicio. Para el mismo tiempo Fernando Rubén Coronil era Adjunto al Servicio de Cirugía General; Pedro González Vera, Adjunto al Servicio de Otorrinolaringología; Lya Imber, Adjunta al Servicio de Medicina I, todos de la misma promoción de 1936. En mayo de 1937, me tocó ser miembro fundador del Servicio de Asistencia Pública y Medicatura Forense del Distrito Federal, acompañado por otros dos condiscípulos: Raúl Ramos Calles y Manuel Vicente Méndez Gimón, bajo la dirección de Angel R. Bustillos, pero sólo pudimos permanecer en esos cargos hasta diciembre del mismo año, por desavenencias con el Gobernador del Dtto. Federal, Elbano Mibelli, y sólo el Director Bustillos quedó al frente del recién creado Servicio, reorganizado con otro personal. Creo necesario aclarar que la renuncia colectiva de Ramos Calles, Méndez Gimón y yo, se debió a un pacto de solidaridad, según el cual, si uno de nosotros era hostilizado por el Gobernador, todos renunciaríamos. En efecto, a nuestro juicio, el Director amonestó injustamente al Dr. Ramos Calle, a pedido del Gobernador, Ramos renunció, y fue así como Méndez y yo renunciamos por solidaridad.

Es bueno recordar como algo muy importante en

mi vida, que el 12 de octubre de 1937, vino al mundo nuestro primer hijo, Edgar. Fue todo un acontecimiento. El Dr. Leopoldo Aguerrevere, mi maestro en Obstetricia, fue el partero. La deseada llegada del hijo vino a fortalecer el matrimonio, y realmente pude comprobar lo que ya había oído a mi madre, que sólo se sabe cómo se quiere a un hijo, cuando se lo tiene. Edgar nació en la “Clínica Fermín Díaz”, situada frente a la Iglesia de Santa Teresa.

Con motivo de la Semana Antivenérea de 1937, escribí dos artículos: uno fue publicado en un boletín de la Liga Antivenérea: “La sífilis y los accidentes de trabajo”; el otro apareció en un periódico, El Heraldo: “Valor y significación del examen de sangre en la sífilis”. En octubre de 1937, desempeñé el cargo de Médico Adjunto del Servicio de Cirugía Ósea y Ortopedia en el Hospital Vargas, con el maestro Hérmán de las Casas, verdadero fundador de la especialidad en Venezuela, allí trabajé hasta abril de 1938.

Como la situación económica apremiaba, tuve que hacer diligencias para irme de nuevo al interior, esta vez me fui a trabajar con la Standard Oil Co., de New Jersey, EE.UU., en Caripito. Esperaba encontrar un campamento hostil y muy alejado de la civilización, para nuestro asombro encontramos una esplanada verde, toda sembrada de grama y algunos árboles, muy limpio, con casas muy confortables, apropiadas al clima cálido muy severo, grandes ventanales protegidos, así como las puertas, con telas metálicas, amuebladas en forma decente. La Compañía suministraba a sus empleados, luz, agua, una suma aparte para la comida, y transporte para el médico. Había un club con piscina, salón de cine, un comisariato para empleados, se jugaba golf en aquella extensión de grama y toda la zona estaba enrejada y vigilada. El pueblo de Caripito era espantoso, en contraste con el campamento. Relativamente cerca había un pequeño aeropuerto: Quiriquire, donde también existía un pequeño hospital. En Caripito habían dos consultas externas, una para empleados y otra para obreros. Allí trabajé y conocí de cerca lo que era el paludismo en el país, así como el problema de las parasitosis.

Dicté una charla sencilla para obreros y empleados de la Compañía sobre “Profilaxis del paludismo”. Mi hijo no se adaptó a las condiciones climáticas de Caripito y en febrero de 1939 presentó vómitos incoercibles que lo llevaron a un estado grave, y de emergencia en un avión de la Compañía, lo trajimos a Caracas. Solamente el cambio de clima

y unas indicaciones dadas por la Dra. Lya Imber, fueron suficientes para curar al niño. Regresé solo a Caripito, pero tuve que dejar el cargo de médico en la Compañía, por desavenencias con el jefe médico, el Dr. Weis, un alemán.

De inmediato, en abril de 1939, entré como asistente del Dr. Rubén Coronil, mi compañero de estudios, al Servicio de Cirugía General. Este cargo fue *ad-honorem*, pero me introdujo en un campo nuevo para mí, la cirugía pediátrica, que nacía en el Hospital de Niños “J.M. de los Ríos”, así estuve hasta setiembre de 1940, cuando fui nombrado adjunto titular del Servicio de Cirugía General. En 1942, por ausencia del Dr. Coronil, quien era Jefe de Servicio, pasé a ocupar ese cargo hasta 1947. Además, por ausencia del Dr. Pedro Blanco Gásperi, en el Servicio de Cirugía N° 2 del Hospital Vargas, ocupé el puesto de segundo adjunto desde abril hasta julio de 1940. Desde la fundación del Instituto de Cirugía Experimental con el Dr. Corachán García (cirujano español) y Hérmán de las Casas, me hice asiduo asistente a ese instituto y practiqué muy diversas operaciones. Para octubre de 1940 me presenté a concurso de oposición para optar al cargo de residente cirujano en el Servicio de Emergencia del Hospital Vargas, cargo que obtuve y que desempeñé desde 1940 a setiembre de 1943. Para ese momento fui trasladado, por petición mía, al Servicio de Cirugía 1-B, como segundo adjunto cirujano, bajo la dirección del Dr. Miguel Pérez Carreño, con quien estuve hasta mayo de 1944.

En abril de 1941, nació nuestro segundo hijo, esta vez una niña, Nora Cecilia, quien fue recibida por su padre como partero, por tardanza del obstetra que iba a atender a mi esposa.

Desde mayo de 1939, trabajé en el dispensario médico del Ministerio de Obras Públicas que dirigía el Dr. Rubén Coronil, primero en Consulta Externa, luego como residente médico-quirúrgico en hospitalización, y posteriormente como Jefe encargado de la hospitalización hasta la clausura del dispensario en 1944. Es bueno mencionar que, como médico de la hospitalización del dispensario ya mencionado, tuve la oportunidad de estudiar un caso muy difícil de diagnosticar, así que llamé para que me ayudara a un compañero, Dr. Adolfo Pons, quien se había especializado en Europa en medicina tropical. Dicho caso resultó ser el primer caso de Kala-Azar comprobado en Venezuela, así que fue presentado a la Academia de Medicina y publicado en la Gaceta Médica de Caracas, en setiembre de

1941.

Desde 1942, fui cirujano de la Escuela Municipal de Enfermeras, y en la misma Escuela fui Profesor de Emergencia y Primeros Auxilios de 1941-42, habiéndolo sido antes de Patología Externa. De julio a noviembre de 1942, como suplente, desempeñé la Jefatura del Servicio de Cirugía N° 2 en el Hospital Carlos J. Bello de la Cruz Roja Venezolana, por ausencia temporal del Dr. Fernando Rubén Coronil. Todo esto fue *ad-honorem*. Desde 1943 fui Miembro Activo de la Sociedad Venezolana de Puericultura y Pediatría.

En abril de 1944, nace nuestro tercer hijo, otra niña, Ilse Cristina. Esta vez, el Dr. Rafael Domínguez Sisco se ha comprometido a asistir a mi esposa en el parto. Para el momento él era el Director de la Policlínica Caracas, la primera clínica privada amplia que tenía la ciudad, situada entre las esquinas de Velásquez a Sta. Rosalía; pero el Dr. Domínguez se demoró atendiendo asuntos de la Dirección, así que fui de nuevo quien hizo de partero. Cuando el Dr. Domínguez apareció me presentó excusas por la tardanza. Para esa época habíamos hecho negocio por una casa en La Castellana, frente a la plaza.

En octubre de 1944 se inaugura el Seguro Social en Venezuela, que se inicia con la Caja Regional del Distrito Federal, para luego extenderse a todo el país. Como el Seguro absorbía otros servicios médicos oficiales, el dispensario del Ministerio de Obras Públicas desaparece y en compensación me nombran médico en la consulta de medicina, del Centro Médico Distrital de Candelaria o Centro Norte. En menos de un mes, o sea, en noviembre, el Seguro Social me nombra Jefe del Centro Médico Distrital de Puente Hierro, Centro Sur. Al mes siguiente, en diciembre, me nombran Inspector Especial de los Servicios Médicos de la Caja Regional. En abril de 1945, paso a ocupar el cargo de Médico Director del Centro Curativo Distrital de El Silencio. En marzo de 1945, fui Miembro Fundador de la Sociedad Venezolana de Cirugía, en donde en enero de 1946, presenté un trabajo sobre “Cirugía del Divertículo de Meckel”. El 24 de marzo de 1945, el Comité Ejecutivo de la Cruz Roja Venezolana me nombró Jefe de un Servicio creado especialmente, el Servicio de Cirugía Infantil de su Hospital Carlos J. Bello.

En junio de 1946, después del derrocamiento en 1945, del Presidente General Isafías Medina Angarita fui notificado por el Seguro Social (para el momento casi todo el personal directivo de la Institución era



o pertenecía al partido Acción Democrática), de que se había decidido mi traslado a La Vega, como Jefe del Dispensario de aquella entidad, con un sueldo menor y cuya Jefatura era de menor jerarquía de la que yo ejercía. De inmediato hablé con el Dr. Manuel Acosta Silva, nuevo Director adco del Seguro Social, quien no me pudo justificar lo que yo consideraba una degradación en mi carrera dentro del Seguro Social, por lo cual le renuncié de inmediato.

En octubre del mismo año 1946, el Rector de la Universidad Central de Venezuela, Dr. Juan Oropeza, me nombró Adjunto Interino al Profesor de la Cátedra de Patología Quirúrgica (II) en la Escuela de Medicina. En medio de muy intensa actividad, y sin el sueldo que devengaba en el Seguro Social, mis entradas eran muy pequeñas, a pesar de que ocasionalmente efectuaba algunas operaciones en privado, por unas sumas que hoy parecerían irrisorias. Por varios años fui cirujano *ad-honorem* de la Congregación de las Hermanas Franciscanas quienes regentaban un orfanato en Caracas, además de un acreditado Colegio para niñas en Sabana Grande. Además de ejecutar operaciones durante todos estos años en el Hospital Vargas, Hospital de Niños, Dispensario del Ministerio de Obras Públicas, Instituto Simón Rodríguez, Cruz Roja Venezolana, también trabajaba en clínicas privadas, como la Policlínica Caracas, Clínica Razetti, Clínica Luis Felipe Blanco, etc. En total, había practicado más de mil operaciones.

Un día, durante el final del año 1946, y estando en el Hospital de Niños, se me acercó el Dr. Pastor Oropeza, uno de los Pediatras Jefe de Servicio del mismo Hospital y de gran notoriedad en el país, por ser el Jefe la División Materno Infantil, del Ministerio de Sanidad y Asistencia Social, quien me explicó la necesidad que tenía el Hospital de contar en su personal con un especialista en cirugía neurológica, es decir, un neurocirujano, y que pensara en la posibilidad de conseguir una beca con la cual yo podría viajar a Estados Unidos y mantenerme por tres años, formándome en la especialidad. La proposición me pareció absurda, pues nunca había pensado que podría ejercer la neurología y mucho menos la neurocirugía. En mi casa discutí con Leonor sobre esa probabilidad, y encontré un gran apoyo. Con el pasar de los días y las dificultades que atravesábamos, comencé a orientar las cosas y a medir las posibilidades y

consecuencias. En fin se comenzaron a hacer diligencias y los Drs. Gustavo H. Machado, Pastor Oropeza y mi compañero Joel Valencia Parpacén, quien tenía un cargo en la Directiva de la Junta de Beneficencia Pública del Distrito Federal, de la que dependía el Hospital de Niños, se interesaron en el problema. Pero no había dinero para la beca y entonces solicité personalmente con el Ministerio de Sanidad, que tenía como Ministro al Dr. Edmundo Fernández, a quien yo conocía bastante bien, pero la respuesta fue negativa. Se insistió después en el Ministerio de Educación, cuyo Ministro el Dr. Antonio Anzola Carrillo, fue inmediatamente receptivo al proyecto y ofreció que el Ministerio contribuiría con la mitad de dicha beca, en tanto que la Junta de Beneficencia se haría responsable de la otra mitad. En esa forma se comenzaron a formular planes, y fue el Dr. Humberto García Arocha, otro de mis compañeros, y quien había estado en la Universidad de Yale estudiando fisiología bajo la dirección del Profesor John F. Fulton, quien le escribió a éste y solicitó consejo y programa para mi posible viaje de especialización en EE.UU. En efecto, el gran neurofisiólogo, Dr. Fulton, quien había trabajado con Harvey Cushing y estaba muy bien conectado con muchos neurocirujanos, ofreció ayudarme y elaboró una distribución de trabajo para tres años. Así pues decidí abandonar el estudio y ejercicio de la cirugía general, para dedicarme a una nueva especialidad, que hacía ya falta en Venezuela. Por lo tanto, partí para Estados Unidos de América, con mi familia, esposa y tres hijos, en marzo de 1947.

Aproximadamente en 1946, el Dr. León Mir, de origen cubano y radicado en Venezuela desde hacía muchos años, había viajado a EE.UU. y se había propuesto ejercer como neurocirujano en nuestro país. El Dr. Mir, gran trabajador, muy buen conversador, médico internista y con curiosidad por la neurología, le faltaba sin embargo, el largo entrenamiento en cirugía general; pero durante el final de la Segunda Guerra Mundial, se había marchado a Nueva York y con gran coraje asistió como residente en un hospital muy distinguido en neurología y neurocirugía. Dos años más tarde regresó a Caracas, donde con gran habilidad y espíritu de trabajo, fundó en el Hospital Vargas, un pequeño Servicio de Neurocirugía. Este Servicio ya funcionaba para el momento de mi partida a Estados Unidos, pero fue sólo en 1948 cuando tomó verdadera forma. Yo no quise comenzar mi entrenamiento con el Dr. Mir, así que no establecí ningún contacto con

él porque tenía referencias de que era una persona difícil y a veces de carácter violento.

Para terminar esta etapa de mi vida médica, debo hacer un pequeño recuento de mis varias actividades hasta ese momento:

1. Ejercicio en el interior, tanto en Nirgua como en Caripito. Allí la actividad era global, había que ser partero, médico internista, cirujano de menor cuantía, pediatra, etc. Fue una época difícil, alejado de maestros, con entera responsabilidad en cada caso. Creo que es entonces cuando entendemos nuestras limitaciones y cuánto nos falta por conocer y profundizar.
2. El ejercicio de la cirugía general. Las operaciones electivas son estudiadas previamente, y nos damos cuenta de que lo que relatan los libros no son sino conceptos generales, pues cada caso es distinto al otro y debemos improvisar maniobras a nuestro saber y entender. Pero lo más emocionante es la cirugía de urgencia, y por ello mi trabajo en cirugía de emergencia en el Hospital Vargas, contribuyó grandemente a mi formación médica. Las guardias en dicho Puesto de Emergencia estaban a cargo de dos médicos, uno para medicina general y otro para cirugía general, acompañados por varios estudiantes de los dos últimos años de Medicina. Mi compañero de equipo fue el Dr. Miguel Ruíz Guía, quien como yo, también había ganado el cargo por concurso. Yo como cirujano general tenía que atender todas las emergencias quirúrgicas: cirugía del abdomen, del tórax, de los miembros, de la cabeza, así pues, tan pronto hacíamos una operación por peritonitis o por una hernia estrangulada, como reducíamos una fractura o luxación, o bien, extraíamos un cuerpo extraño de los ojos, la nariz o el oído. En fin, era un trabajo siempre variado y lleno de sorpresas. Por eso creo que la residencia de emergencia es emocionante y el médico debe estar, aunque sea medianamente, preparado en todas las regiones del cuerpo.
3. Otra cosa interesante fue el comenzar la cirugía pediátrica. La fragilidad del recién nacido y los niños menores. El conocimiento de dietas especiales, según la edad. El estudio y tratamiento de enfermedades congénitas. La pequeñez de las incisiones quirúrgicas. La manipulación de tejidos muy delicados, las suturas muy finas. Los instrumentos muy pequeños. El vigilar la anestesia, pues para entonces no había

anestesiólogos y el anestésico era administrado por una enfermera, las más de las veces no muy bien instruida en el procedimiento y en sus riesgos. Los cuidados especiales en el posoperatorio. Todo ello hizo fascinante el comienzo y el progreso del ejercicio de la cirugía infantil, especialmente que no contábamos con maestros, así que, el Dr. Coronil, el Dr. Izaguirre y yo, fuimos los primeros en aventurarnos en esta clase de cirugía; íbamos a tientas en un difícil camino y con muy pocos libros a nuestra disposición. Siempre recordaré el Tratado clínico y operatorio de cirugía infantil publicado en francés por el Profesor L. Ombredanne, el que fue una fuente de grandes enseñanzas para nosotros. Igualmente dos libros de Víctor Veau sobre hendidura y labio leporino, que le obsequió el Dr. Franz Conde Jahn al Dr. Coronil y en los que aprendimos a manejar tan común y compleja malformación congénita. En el Hospital de Niños sentimos una verdadera fraternidad médica. Allí se fundó también la Escuela Municipal de Enfermeras, muchos de los médicos del Hospital fuimos profesores. Mi recuerdo del Hospital de Niños permanece luminoso y alegre a pesar de la distancia.

4. Mi trabajo en el Seguro Social. Entré a este Instituto como fundador y como médico de consulta externa en el Centro de Candelaria. Al mes fui nombrado como médico jefe del Centro Sur, en Puente de Hierro. Allí me correspondió iniciar el uso de la penicilina, recién llegada al Ministerio de Sanidad, en el tratamiento de una dolorosa y temida enfermedad venérea: me refiero la blenorragia que luego de una fase aguda, daba tremendas complicaciones y se consideraba una enfermedad crónica. Se tomó como centro piloto el Centro Sur y se instruyó a las enfermeras en cómo hacer las diluciones y su aplicación intramuscular. La penicilina venía en ampollas de 100 000 unidades y se diluía para inyectar solo 20 000 U por cada dosis cada cuatro horas. El tratamiento duraba sólo 24 horas. Los resultados fueron fantásticos y pasados el Ministerio de Sanidad. Curación en 24 horas!

En el Centro Sur estuve muy poco tiempo y me pasaron a llenar el cargo de Inspector de los Centros Distritales de la llamada Caja Regional en el Distrito Federal. Visitaba los diferentes Centros, recogía quejas y las pasaba a los superiores, en la conocida

como Jefatura de la División de Medicina. Las quejas de los asegurados eran numerosas y la prensa las registraba todos los días. Se comprobó que uno de los Centros que acumulaba mayor número de reclamos era el Centro de El Silencio; en ese sentido los superiores me pidieron que pasara un informe lo más detallado posible de lo que pasaba allí. En dos días revisé todo el funcionamiento del Centro, y no me limité a señalarlo, sino que di una opinión personal de cómo corregir cada defecto. La respuesta no se hizo esperar: me llegó un nombramiento de Jefe del Centro de El Silencio. De inmediato protesté porque no quería perjudicar al actual Director del Centro y que por tanto no aceptaba la designación. Me contestaron que si yo aportaba soluciones para corregir los problemas que habían en dicho Centro, yo debería estar allí para implantar mis soluciones, es decir, que debía estar donde diera mayor rendimiento; por otra parte, el Director del Centro estaba de acuerdo y pasaba a ser Inspector, que era el cargo que yo ejercía en ese momento. En cuanto al sueldo, la cantidad era la misma. Me pusieron en una encrucijada, pues después de pensarlo serenamente, creí que ellos tenían razón y que sólo ponían a prueba mi capacidad real de dirección. Así es que lo acepté como un reto. Las dificultades que tuve que enfrentar fueron numerosas, el trabajo intenso, pero pronto cada medida que tomada se traducía en menores quejas sobre el Centro. Me encontré con enormes colas de personas que pedían citas, entre ellas gran número de madres quienes llevaban a sus hijos, frente a un sujeto a quien llamaban el informador. Propuse y fue aceptado habilitar un local para niños, con otro Informador; nació así la Consulta de Pediatría. Encontré gran número de diabéticos, así como otras enfermedades endocrinas que requerían cuidados especiales y en el llamado Centro de Especialidades, no había especialistas a quien referírseles. Propuse y fue aceptado también, que se iniciara en el Centro Curativo de El Silencio, una consulta sobre diabetes y endocrinología; los médicos para hacerse cargo de ellas serían los Drs. Miguel Ruiz Guía y Pablo Liendo Coll, ambos recién llegados de Boston, donde habían estudiado las respectivas especialidades. Todo ello se llevó a cabo para satisfacción de muchos enfermos. Modifiqué la organización de enfermeras y secretarías de consultas, el Servicio Domiciliario; los días de pagar prestaciones en dinero. Vigilaba personalmente cada consulta y hablaba con los médicos para encontrar mayor facilidad y

rendimiento en sus funciones. Me ocupé del aseo y del orden en los corredores de espera; pusimos sillas apropiadas y mesas con flores o matas y revistas para que la espera fuera menos incómoda y se hiciera menos larga. Prohibí las ventas de dulces y helados en el interior del local, en lo que me ayudaron algunos agentes de seguridad. En fin, creo que se hizo una positiva labor. Después del 18 de octubre de 1945, las autoridades directivas del Seguro Social fueron cambiadas y los jefes de los centros curativos cayeron también en desgracia, por motivos absolutamente políticos, con dos excepciones: el Dr. Zamora Conde quien ejercía la jefatura del Centro Oeste en Catia, quien por lo demás era hermano de un militar que había participado en el derrocamiento del General Isaías Medina Angarita, y yo, que todavía no sé por qué motivo me dejaron en mi puesto, ya que no hice ninguna diligencia para permanecer en el cargo de jefe del Centro de El Silencio; sin embargo, luego me hostilizaron, según mi apreciación, hasta hacerme renunciar. En términos generales, creo que mi pasantía por puestos administrativos en el Seguro Social, fue una buena experiencia que valió la pena; me enseñó también que un cargo en el cual uno puede ser removido sin verdadera justificación, es decepcionante; y que la dignidad y la diligencia con que se ejerce una función, no es garantía de estabilidad.

Viajar a Estados Unidos, con mi esposa, tres hijos y una mujer de servicio de nuestra confianza, Mercedes Rangel, sin conocer el idioma inglés y a comenzar una especialidad totalmente nueva, fue realmente una empresa titánica. Partimos de Venezuela en abril de 1947, contábamos con la ayuda inmediata de Helen Nieves, una hermana de Leonor, quien vivía en Estados Unidos desde hacía doce años: se había casado con Otto Simat, de origen alemán. Llegamos a New York y fuimos recibidos por los Simat a quienes encontramos en el aeropuerto, de allí nos llevaron a Arkville, una muy pequeña población del Estado de New York, en plenas montañas (Catskill Mountains). Todo fue regocijo en los primeros días, pero bien pronto me enteré de que el problema de la vivienda en New Haven, la primera meta de mi peregrinar, era sumamente agudo, y que aun en los hoteles, sólo se permitían a los visitantes, la permanencia por dos o tres días. El viaje a New Haven lo hice con Otto Simat y el propósito era entrevistarme con el Profesor John F. Fulton, de la Universidad de Yale, para quien llevaba una carta de presentación. La entrevista fue para mí

espantosa por la deficiencia del idioma, pero terminó con que desde el día siguiente debería asistir al “*Institute of Human Relations*” en donde funcionaba la Cátedra de Neurofisiología de la Universidad. Otto hizo todo lo posible por encontrar alojamiento seguro para mi solo, pues la familia se había quedado en Arkville, pero sus diligencias fueron infructuosas. Entonces me acordé de una tarjeta de presentación que llevaba para Mr. William Grawford, cajero principal del *First Nacional Bank* de New Haven, que me había sido dada por mi compañero Humberto García Arocha, quien había vivido anteriormente en New Haven, y me recomendó abrir mi escuálida cuenta bancaria en aquella entidad. A Otto le pareció buena la idea de hablar con este señor, y nos fuimos al Banco. Yo no podía explicar la causa de mi visita y fue Otto quien habló por mí. Grawford era un hombre muy fuerte, de aspecto bonachón, con una gran sonrisa, quien se interesó por ayudarme y prometió llamar a varias personas para encontrarme ubicación, pero después de varios intentos nos trajo la noticia de que había fracasado. Yo he debido poner una cara trágica, pues no podía usar palabras, así que realmente se condolió de mí, y nos ofreció hacer un intento más. Al poco rato volvió y nos comunicó que había hablado con su esposa y estaban de acuerdo en hospedarme en su casa, si a mi me gustaba el arreglo. Al finalizar su trabajo en el Banco, Mr. Crawford nos condujo a Brandford, población que quedaba a unas 10 millas de New Haven, y allí estaba una bella casa con un gran terreno de grama alrededor. Conocimos a la familia y quedé con ellos, medio atontado, pues no habíamos hablado de pago de alojamiento, ni nada por el estilo.

El Sr. Crawford, su esposa y sus dos hijas fueron para mi una bendición. Mis intentos de comunicación o no eran entendidos o provocaban risa, pero todos trataban de calmarme. La cena esa noche fue horrible, todos tratando de ser amables y yo cada vez más confundido. Al día siguiente fui a la Universidad en donde me asignaron un pequeño cuarto del cual me dieron la llave. Había allí un escritorio y algunos libros, pero sin darme ninguna instrucción. Yo me había llevado un diccionario inglés-español y creo que en toda la mañana no traduje más de media página. A mediodía, hora del almuerzo, salí y caminé hasta encontrar un restaurant en donde señalé en la carta algo para comer, por supuesto que lo que trajeron no era lo que yo esperaba, pero comí un poco y luego volví a mi cuarto de estudio. Nadie me

interrumpió y a las 4 p.m. abandoné mi encierro, lleno de tensión, para buscar al Sr. Crawford a su salida del Banco y marchamos a la casa. Toda la familia Crawford fue generosa y amable, pero sentía una inmensa soledad, lejos de mi mujer y mis hijos y ante una incierta perspectiva. Los días se repetían en la Universidad, sin comunicación con nadie y al cabo de dos semanas “haciendo de tripas corazón”, hablé con la secretaria del Dr. Fulton, para protestar de mi situación, ya que eso mismo podría hacerlo en Venezuela, y ya no resistía más. De inmediato me dijeron, o al menos eso entendí, que esperaban mi protesta y que pasaría a estudiar neuropatología con la Dra. Eisenhard, quien custodiaba el museo de tumores (“*Brain Tumor Register*”) de Cushing y enseñaba a varios médicos que hacían su pasantía en la materia. La Dra. Eisenhard, su secretaria y los médicos pasantes, fueron muy amables, pero la falta del idioma nos alejaba. Me asignaron un puesto en un largo mesón, un microscopio, una caja de láminas con preparaciones de diversos tumores y muchos libros sobre la materia frente a mí. Ahora estaba acompañado, pero seguía mi cansancio en ver aquellas láminas y estudiar aquellos libros todos los días, estaba realmente aburrido, así que conseguí libros sobre neurología y neurocirugía, los comencé a traducir y a interesarme realmente. Poco a poco, aunque en forma imperfecta, mis relaciones con todo el personal mejoraron. En casa de los Crawford también la situación se hizo soportable, trataba de hablarles de mi mujer, de mis hijos, de Venezuela, mi familia y mis actividades como cirujano general. Conquisté el cariño y el respeto de todos, y días después, el 13 de mayo, le hice saber que era el día de mi cumpleaños. Por la noche la comida fue especial y al final, una torta con velitas para festejar el día. Realmente me emocioné mucho, pero la sorpresa vino después, cuando al levantarnos de la mesa llegaron varios amigos vecinos para saludarme y darme sus congratulaciones. Así pues había conquistado el patio, pero el Sr. Crawford presentía la falta que me hacía mi esposa y el tiempo pasaba y nada se resolvía respecto a la vivienda. Un día me dijo que para su gusto toda mi familia podría estar con ellos, pero como un alivio él me proponía, si yo lo aceptaba, que trajera a Leonor y dejáramos momentáneamente a los hijos con la tía Helen. La solución no era la mejor, pero sólo pensar en estar con mi mujer apaciguó mi impaciencia. Le di mil gracias y acepté de inmediato. Fue así que el próximo fin de semana me fui a Arkville y regresé con

Leonor, dejando con dolor a los tres hijos allí. Mi mujer fue muy bienvenida y todos los Crawford se portaron con nosotros en forma no sólo intachable, sino increíble, comprometiendo nuestro afecto y nuestra gratitud. Ya entonces comencé, a pedido suyo, a llamar al Sr. Crawford, “tío Bill” (uncle Bill) y la amistad entre nosotros, sus familiares y amigos, se hizo muy íntima. El no poder encontrar vivienda apropiada para nuestra familia hacía la situación grave, vivíamos la época pos Segunda Guerra Mundial, y el momento preciso cuando los veteranos volvían a casa. Todo se complicó con el anuncio de la llegada de otra hija de los Crawford, quien estaba casada con un oficial norteamericano estacionado en el Japón y quienes tenían que regresar con sus hijos a la casa de sus padres. Entonces los Crawford hablaron con una familia americana-alemana, los Maurer, para ver si aceptaban por corto plazo tener a una pareja venezolana en su casa. La Sra. Maurer, era viuda con dos hijos mayores, y aceptó que nos mudáramos a su casa. El recibimiento fue cordial y pronto se estableció una magnífica relación afectiva, pues Hetha Maurer fue una verdadera madre adoptiva para nosotros. La hija de la Sra. Maurer era una muchacha excelente que trabajaba en la Compañía de Teléfonos de New Haven y ante nuestra premura por tener una casa para traer los hijos, puso un aviso en el periódico local, y fue así como a los pocos días, logramos conseguir una casa en Short Beach, cerca de los Maurer y pudimos estar de nuevo todos juntos; había pasado una pesadilla que había durado más de dos meses. Ya toda la familia reunida y con nuevos amigos americanos, disminuyó la tensión, pude comprar un carro usado y así tener mi propio medio de transporte.

Mi situación en los Laboratorios de Fisiología y Neuropatología de Yale, al principio fue muy difícil, especialmente por mi falta de dominio del inglés, pero hacía esfuerzos para estar en todas partes y estudiar mucho. Los médicos que estábamos en el “*Brain Tumor Register*” bajo la dirección de la Dra. Eisenhardt, hicimos buena amistad, y en octubre de 1947 fuimos a Virginia, el Dr. Christian Keedy, su esposa y yo, con la Dra. Eisenhardt, a una reunión de la Cushing Society, la más prestigiosa organización de neurocirujanos de Estados Unidos, fundada en 1934 bajo la tutela del mismo Dr. Harvey Cushing. En diciembre de 1947, fui invitado por el Dr. John F. Fulton para asistir a la reunión de “*The Association for Research in Nervous and Mental Disease*”, durante la cual se habló especialmente sobre “lóbulo

frontal”. Entre los médicos que hicimos pasantía con la Dra. Eisenhardt, debo mencionar por la importancia que, con el correr de los años ha adquirido en la neurocirugía mundial, a Charles Drake, de Canadá, y con quien he tenido oportunidad de conversar en encuentros internacionales. En New Haven pasé 13 meses, hacia el final de ellos, tanto en el estudio como en las relaciones humanas, las cosas mejoraron notablemente. Según el plan elaborado con anticipación, yo debería pasar a Canadá para trabajar durante un año con Wilder Penfield, pero el Dr. Fulton me informó que ello momentáneamente no iba a ser posible y me insistió a irme a Louisville, Kentucky, con el Dr. Oren Spurling. Sin embargo, durante el año que había pasado con Fulton y Eisenhardt, había oído ponderar las escuelas médicas de Boston: Harvard, Lahey Clinic, etc., decidí mudarme a aquella ciudad y esperar mi turno para entrar a la Lahey Clinic, entretanto visitaría otros hospitales como “asistente voluntario”, y continuaría estudiando por mi cuenta. En efecto, por intermedio de los Crawford, quienes tenían familiares en Boston, nos hicieron diligencias para encontrar vivienda. Al avisarme de varias posibilidades, viajamos Leonor y yo, unas tres horas en automóvil desde New Haven, y comprometimos una casa a la que nos mudaríamos días después. Dejamos a New Haven, perdiendo la ocasión de tratar casi a diario a muchos buenos amigos, especialmente a los Crawford y los Maurer, así como a mis maestros Fulton y Eisenhardt, para entrar a una población más grande, sin amigos, sin conocer la ciudad, e intentar relacionarnos con gente nueva; pero ahora hablábamos ya medianamente inglés y podíamos entendernos con los demás.

Estudiaba con entusiasmo, no tenía quien me dirigiera, pero había adquirido buen número de libros y recibía la más importante revista de neurocirugía; “*Journal of Neurosurgery*”. El Dr. Fulton me dió una carta de presentación para el Dr. Gilbert Horrax, Jefe del Servicio de Neurocirugía de la Clínica Lahey, famosa en Estados Unidos y afuera, así como la Dra. Eisenhardt me entregó otra carta para Franc Ingraham, Profesor de la Universidad de Harvard y Jefe del Servicio de Neurocirugía del Hospital de Niños de Boston, también prestigiosa institución americana. Después de mudarnos a Brighton, en los suburbios de Boston, hacer diligencias para la escuela (“*Our Lady of Presentation*”) de los dos hijos mayores y orientarnos sobre la parte de la ciudad en que nos tocaba vivir, visité la Clínica Lahey, conocí

al Dr. Horrax, quien me prometió el ingreso a la Institución para el año próximo y a la vez me invitaba para que fuera a los hospitales Deaconess y Baptist, que dependían de ellos, como observador en las operaciones que efectuaban a diario. Igualmente me presenté al Dr. Ingraham en el Hospital de Niños, quien me recibió muy cortesmente y también me invitó a visitar su Servicio y observar sus operaciones. Lentamente organicé un programa, totalmente voluntario, de estudio y de visitas, especialmente a la Clínica Lahey y al Hospital de Niños, que me interesaba mucho. Visité igualmente al Massachusetts General Hospital y al Boston City Hospital. La avidez de conocimientos y la responsabilidad que sentía de que al regresar a Caracas, tendría que hacerlo todo, sin tener maestros a quien consultar, me hacían insaciable en la adquisición de conocimientos. Mis continuas visitas a los hospitales de la Clínica Lahey, me pusieron en contacto permanente con los Dres. Horrax y James Poppen, maestros indiscutibles de la neurocirugía americana. La habilidad de los cirujanos, la puntualidad en la ejecución de todo el programa diario, la disciplina del personal y la cordialidad con que recibían a los visitantes, tanto nacionales como a extranjeros, hicieron de la Clínica Lahey el sitio predilecto de mi asistencia. Pronto el Dr. Horrax, Jefe del Servicio de Neurocirugía, en vista de mi interés, pudo adelantar mi ingreso a la Institución. Así que comencé a trabajar allí el 1° de enero de 1949.

La Clínica Lahey tenía un personal médico muy seleccionado en todas las especialidades; se efectuaban en ellas los más modernos tratamientos. Debo confesar que la figura de Poppen me fascinó desde que lo vi operar por primera vez; enérgico, decidido, de habilidad incomparable, reconocida por todos, incluido el propio Jefe Dr. Horrax; visitado y admirado por todos los visitantes, constituyó para mí una especie de faro en la búsqueda del puerto. Mis comienzos en la Clínica Lahey fueron muy duros, tenía que examinar enfermos en la consulta externa, hacer la historia (en inglés), presentarla a Horrax o Poppen y dar mi impresión diagnóstica; sugerir exámenes para-clínicos y proponer tratamientos. Los Jefes daban el visto bueno ("O.K.") o hacían las correcciones pertinentes. En el hospital, visitaba los pacientes neuroquirúrgicos, revisaba las historias, escribía notas de evolución, ayudaba en los exámenes neuro-radiológicos, aprendía a interpretarlos, observaba las operaciones o parti-

cipaba en ellas como segundo o tercer ayudante, según la magnitud del acto quirúrgico. Semanalmente teníamos que asistir a reuniones clínicas de neuro-radiología y neuro-patología. Todo el trabajo me aumentaba según el rendimiento y la capacidad de efectuarlo. Cada tres días hacía guardia nocturna, lo cual significaba que estaba a disposición de la Clínica para cualquier emergencia médica o quirúrgica y tenía que salir de mi casa y hacerme presente en el hospital. El trabajo era fuerte, pero fuerte era también mi entusiasmo por aprender. El grupo de compañeros médicos, unos norteamericanos y otros extranjeros (España, Irán, China, Egipto), nos entendíamos muy bien, e hicimos una gran amistad. A medida que pasaba el tiempo, me dieron mayor responsabilidad y consideración. Efectuaba procedimiento menores y fui primer asistente en operaciones mayores. La Clínica Lahey es una organización privada y por tanto los residentes no pueden ser responsables de ningún acto quirúrgico; pero la observación constante de una buena técnica quirúrgica y la disciplina de la Institución, me fueron muy provechosas. Los Departamentos de Quirófanos, de Radiología, de Anestesiología, la competencia de las enfermeras, la vigilancia sistemática de los enfermos, me fueron de gran utilidad para comprender la marcha de un servicio de neurocirugía; además, las consultas con otorrino, oftalmología, cirugía y medicina general, eran frecuentes y muy fructíferas. Pasé un año en la Clínica, como estaba programado, y creo que cumplí bien con mi deber, granjeándome el respeto y amistad de maestros y condiscípulos. Terminé mi pasantía por la Clínica el 1° de enero de 1950 con un diploma firmado por los Dres. Frank Lahey y Gilbert Horrax; poco tiempo después tuve el honor y satisfacción de ser llamado de nuevo por el Dr. Horrax para pedirme que continuara en la Clínica por unos meses más, como Jefe de Residentes de Neurocirugía, lo que tuve que declinar a mi pesar, por tener compromisos de asistencia al Boston City Hospital, para aprender sobre traumatismos del sistema nervioso.

Este Hospital de 3 000 camas era el Hospital Municipal de Boston y recibía el mayor número de traumatizados del área. El Jefe del Servicio era Donald Munro, quien había escrito un libro "Cráneo-cerebral injuries", muy bien acogido por la crítica; además allí podía ver un Servicio para parapléjicos y cuadripléjicos en lo cual Munro también era un experto. En este mismo Hospital funcionaba un Servicio de Neurología bajo la dirección de los Drs.

Danny-Brown y Raymond Adams, famosos neurólogos, quienes semanalmente hacían presentaciones de casos de sumo interés, y a lo que estaba dispuesto a asistir durante varios meses.

Atención especial me mereció el Hospital de Niños de Boston, una Institución muy acreditada en Estados Unidos, que luego fue agrandada y transformada en el *Childrens Medical Center*. Allí conocí, además del Jefe de Servicio de Neurocirugía Infantil, Dr. Franc Ingraham, al Dr. Donald Matson, quien ya se destacaba en la especialidad y practicaba las operaciones mayores, pues Ingraham estaba por retirarse. Observé un gran número de operaciones y asistía ocasionalmente a la visita general de los pequeños pacientes neuroquirúrgicos. Desde que llegué a Estados Unidos y aún después de terminar en la Clínica Lahey, no encontré tiempo para tomar vacaciones. Estudiaba continuamente, visitaba hospitales, asistía a conferencias y no dejaba de visitar a la Clínica Lahey, que tanto había contribuido a mi formación y donde me seguían considerando como un compañero más.

En los primeros días de julio 1950, estuve dispuesto a regresar a Caracas, donde me aguardaba mi reingreso al Hospital de Niños, en calidad de neurocirujano, pero nada estaba dispuesto para ejercer la especialidad, pues no existía la infraestructura necesaria para ello, y tendría pues, que luchar para estructurar el embrión de un servicio especial. También tenía en mente ofrecerme como neurocirujano consultante en el Puesto de Emergencia de Salas, que se había inaugurado bajo los auspicios de la Junta de Beneficencia Pública del Distrito Federal y que recibía la mayor parte de los traumatizados de cráneo de la ciudad. A mi llegada a Caracas, fui informado de que el Dr. León Mir se retiraba por un año del Hospital Vargas, en donde funcionaba el único Servicio de Neurocirugía que existía en el país. Supe también que el Dr. Mir había estado en comunicación con el Dr. Rafael Castillo, quien se había entrenado en neurocirugía en Ann Arbor, Michigan, durante varios años. El Dr. Mir quería dejarlo encargado como Jefe de Servicio de Neurocirugía del Hospital Vargas. Varios médicos amigos míos quienes trabajaban en dicho Hospital, consideraron que habiendo sido yo becado por la Junta de Beneficencia, me correspondía a mí y no al Dr. Castillo, el ser Jefe Encargado del Servicio de Neurocirugía del Hospital Vargas. No supe de los pormenores del caso, pero en efecto fui nombrado Jefe del Servicio y el Dr. Castillo como Adjunto.

Encontré el Servicio del Hospital Vargas, totalmente desmantelado, pues el instrumental, según me dijeron, era del Dr. Mir y éste se lo había llevado cuando se fue. No había camas especiales para neurocirugía, ni neuroradiología. Fue como comenzar de nuevo, y el Dr. Castillo tampoco se encontraba muy a gusto. El Dr. Hugo Isava era esperado como neurocardiólogo y el Dr. Pedro Ponce como electroencefalografista, ambos todavía seguían cursos en el exterior. Los ayudantes del Dr. Mir eran todos estudiantes de medicina, a quienes él guiaba para la instrumentación y para que lo ayudaran en las operaciones, tanto en el hospital como en clínicas privadas. Uno de esos estudiantes que encontré fue el Bachiller Alberto Martínez Coll, quien continuó interesado en la especialidad y se graduó de médico en diciembre de 1950. Con unos pocos instrumentos que yo había comprado en Boston, y otros cedidos por el Dr. Rafael Castillo, fue como pudimos practicar, con grandes dificultades, las primeras operaciones. Luego de la llegada de Hugo Isava y Pedro Ponce Ducharne, comenzó a tomar un poco de forma el Servicio. Además contamos con la ayuda en neuropatología de los Drs. José Antonio O'Daly y Leandro Potenza, que fue muy valiosa. Las dificultades fueron muchas, pero el coraje para afrontarlas fue grande. Los anestesiólogos eran muy escasos y el Dr. Pascual Scannone, Jefe del Servicio de Anestesiología, trataba de formar personal. A veces el médico anestesiólogo sólo intubaba al paciente y lo dejaba bajo el cuidado de una enfermera, quien no tenía el conocimiento de los peligros del éter en los casos de neurocirugía.

El Hospital de Niños no andaba mejor. El comenzar la neurocirugía infantil sin instrumental, sin asistentes, era imposible; pero como el Hospital de Niños y el Hospital Vargas apenas están separados en el fondo, por pocos metros, fue posible comenzar a operar a los niños en el Vargas y trasladarlos de inmediato al Hospital de Niños. En ambos Hospitales, tanto en el Vargas como en el de Niños, teníamos que estudiar clínicamente a los enfermos, dirigir a los técnicos de rayos X respecto a las posiciones adecuadas para cada estudio y, a la vez, efectuar los procedimientos tanto los radiológicos como los quirúrgicos. Algunos estudiantes de los últimos años de medicina y raramente algún médico curioso nos acompañaban en estudios y exploraciones quirúrgicos. El trabajo fue lento y penoso, teníamos desde que afeitarse la cabeza de los pacientes, para tenerlos bien rasurados y sin heridas pequeñas

en el cuero cabelludo. El posoperatorio tenía que ser vigilado personalmente, las notas de evolución, las curas y el alta eran hechos por nosotros. No teníamos personal especializado en quien descansar.

Casi al mismo tiempo me nombraron Neurocirujano Consultante en el Puesto de Socorro de Salas, al cual debía asistir de emergencia, pero si se presentaba un problema neuroquirúrgico importante, teníamos que usar una caja de instrumentos única que habíamos reunido en el Vargas, la que era trasladada por una ambulancia de la Beneficencia, de un Hospital a otro. Así pues, ejercía tres cargos simultáneos para la Junta de Beneficencia: el Hospital Vargas, el Hospital de Niños y el Puesto de Socorro de Salas, entre los tres la remuneración era inferior a Bs. 1 000. Desde que llegué a Caracas, comencé a ejercer privadamente en el Centro Médico de Caracas, que era la clínica privada más grande y acreditada en la ciudad. Por supuesto, los enfermos eran muy escasos, las operaciones ocasionales y los honorarios muy bajos. Con el tiempo la costumbre de afrontar dificultades se hizo la regla y la rutina mejoraba todos los procedimientos.

Para 1952, fui nombrado Neurocirujano del Seguro Social en el Centro de Traumatología (“el Traumatológico”), en la parroquia de San José, entre las esquinas de Santo Tomás a Porvenir, y allí tuve que afrontar no sólo la ausencia de las cosas más esenciales, sino también la resistencia de los traumatólogos, quienes no querían perder los casos de traumas en la cabeza, que ellos operaban de rutina, porque para la época en esa Institución se implantó la llamada “unidad de trabajo”, o sea, 345 bolívares por cada operación. Solamente algunos traumatólogos me llamaban para los casos más complicados. No había en el Hospital camas asignadas para neurocirugía, y si necesitaba una cama para un caso no traumático, tenía que rogar a algún compañero que me cediera una de sus camas. Para la Consulta Externa se me asignó como ayudante a un estudiante de Medicina, que me servía de secretario y a la vez aprendía lentamente. De ese grupo de estudiantes del Traumatológico salieron los doctores, luego neurocirujanos, Rafael Lara García y Saúl Krivoy.

Para setiembre de 1952, me nace un cuarto hijo: Diana. Estábamos establecidos, desde que llegamos de Estados Unidos, en la Quinta “Mersa”, Ave. Santiago de Chile, en la Urbanización Los Caobos. A la quinta Mersa le pusimos este nombre, en honor de mi cuñada Mercita, esposa de mi hermano Aníbal,

quien había sido un segundo padre para mi, y fue él quien durante mi ausencia en los Estados Unidos, había vendido la casa que teníamos en La Castellana y comprado para nosotros, la otra en Los Caobos.

Invitados por los Neurocirujanos a quienes había conocido durante mi estadía en la Lahey Clinic, Roy Tyrer, Donald Freshwater y Winslow Stratemeyer, para ingresar a una nueva organización neuroquirúrgica, “*The Congress of Neurological Surgeons*”, en 1951, envié mis credenciales y fui aceptado. En 1952, asistí al primer encuentro formal de la nueva sociedad neuroquirúrgica en Chicago, que tuvo como invitado de honor (“*Honoured Guest*”) al Profesor Dr. Herbert Olivecrona, el gran maestro de la neurocirugía sueca. En 1951, ya se habían reunido en Memphis, Tennessee, un grupo de neurocirujanos jóvenes, para discutir las bases de esta nueva organización, ya que las existentes en aquel momento no les daban cabida a la nueva generación de neurocirujanos.

Lentamente, las condiciones en el Hospital de Niños mejoraron y las operaciones pudieron ya efectuarse en el propio Hospital. Ayudado por estudiantes de medicina, tanto en el Hospital Vargas como en el Hospital de Niños, comenzó a formarse personal: Abraham Krivoy, Peter Braun, Rafael Lara García, Saúl Krivoy, etc. En 1955, dejo la Jefatura del Servicio de Neurocirugía del Hospital Vargas, y se encarga de ella el Dr. Rafael Castillo. Entretanto, la actividad del Hospital Traumatológico de los Seguros Sociales aumenta y me es asignado un Adjunto: el Dr. Perret Gentil, quien se había formado en Brasil. En 1958, dejo el cargo de Neurocirujano Consultante del Puesto de Socorro de Salas. En 1959 entra como adjunto en el Hospital de Niños, el Dr. Abraham Krivoy, quien había tenido buenas relaciones con nosotros como estudiante de medicina, y en 1961 se agrega otro adjunto para neurocirugía en el mismo Hospital de Niños: el Dr. Rafael Lara García, quien también es nombrado residente de neurocirugía en el Hospital Traumatológico de los Seguros Sociales en el mismo año. Para 1963, el Hospital Traumatológico ubicado en la parroquia San José, es trasladado a una parte del recién construido Hospital Militar (Hospital Central de las Fuerzas Armadas), en San Martín. Junto con los miembros del Hospital Traumatológico, pasan también al luego llamado Hospital General, los cirujanos que ejercían para el Seguro Social en una clínica en Catia, llamada Clínica Santa Sofía. En el nuevo Hospital se le otorgaron 15 camas al Servicio



de Neurocirugía, pero pronto el número de pacientes aumenta, los traumatólogos allí raramente atienden los traumatismos de cráneo, pues había desaparecido la llamada “unidad de trabajo” y nuestro Servicio se ve desbordado, tanto, que gran número de nuestros pacientes deben ser hospitalizados en otros pisos del Hospital, a quienes debíamos atender diariamente. Para ese momento entra a formar parte del personal médico, como residente, el Dr. Saúl Krivoy, quien como estudiante había sustituido al Dr. Rafael Lara García en 1961. Para el año 1963 ya como Jefe de Servicio de Neurocirugía, tenía como adjunto al Dr. Roger Perret Gentil y dos residentes: los Dres. Rafael Lara García y Saúl Krivoy. En 1964, entra al Servicio como neurólogo y ayudante en neuroradiología, el Dr. Francisco Guevara Llovera. Continuábamos con grandes dificultades con el personal, pues debíamos atender la consulta externa, la emergencia, nuestras camas asignadas en hospitalización y muchos enfermos dispersos en otros servicios, que funcionaban en diversos pisos del hospital. La neuroradiología la efectuábamos nosotros; las dificultades para obtener cupo en quirófanos; la escasez de instrumental, todo ello hacía que el Servicio no marchara a nuestra satisfacción. Muchas quejas que llevábamos a la dirección del hospital, cartas a la División de Medicina y al propio Presidente de los Seguros Sociales, no mejoraban en forma esencial la situación del Servicio.

En el Hospital de Niños, ya mudado a su nueva sede en la urbanización San Bernardino, junto con los Dres. Abraham Krivoy y Rafael Lara García, practicábamos consultas dos veces por semana, y operábamos los martes por la tarde y a veces los sábados por la mañana. Las dificultades con rayos X y con la escasez de instrumentos hacían igualmente difícil la situación. Teníamos algunos estudiantes de medicina, voluntarios, que asistían como observadores y algunas veces como ayudantes de operaciones. Al mismo tiempo, de lunes a viernes, hacía consulta privada en el Centro Médico de Caracas, hasta las 11 a.m. hora en que iba diariamente al Hospital de Niños para revisar los casos bajo mi cuidado. Todas las tardes tenía el compromiso con el Hospital General del Seguro Social, donde hacía consulta y efectuábamos exámenes radiológicos además de las operaciones necesarias, por lo que muchas veces salíamos en horas de la noche. Para quienes saben lo complejo del examen neurológico, de los exámenes radiológicos y operaciones de larga duración, comprenderán que la tarea era agotante,

pero con buena voluntad y la ayuda personal de buenos colaboradores, el rendimiento se hacía cada día creciente. En 1966, sale para Inglaterra, en viaje de posgrado, el Dr. Rafael Lara García, quien va a regresar en 1969; en sustitución interina del Dr. Lara, asume el cargo de adjunto en el Servicio de Neurocirugía del Hospital de Niños, el Dr. Saúl Krivoy, quien lo desempeña hasta el regreso del Dr. Lara. Entretanto, en el Hospital General del Seguro, para sustituir también interinamente al Dr. Lara, es nombrado un nuevo residente, el Dr. Julio Molina Nieves, quien debido a la larga interinaria, pasa a ser residente titular en neurocirugía en dicho Hospital. Así pues, para 1969, en el Hospital General el Servicio de Neurocirugía, además del Jefe de Servicio contaba con el Dr. Roger Perret Gentil, Rafael Lara García, Saúl Krivoy, quien con su hermano Abraham y yo, formábamos el núcleo del Servicio de Neurocirugía, y con la ayuda temporal o casual de algún estudiante avanzado de medicina.

En 1970, es trasladado el Servicio de Neurocirugía del Hospital General del Seguro, al recién inaugurado Hospital Miguel Pérez Carreño. Así se nos otorgan 30 camas fijas, pero todavía había que atender enfermos diseminados en los diversos Servicios de Traumatología, Cirugía, Medicina y Pediatría. Desde el principio tratamos de concretar un servicio especial de neurocirugía pediátrica, pero no conseguimos sino que funcionara en la misma área asignada para adultos, el mismo personal de médicos y enfermeras, separados solamente en dos cuartos especiales con un total de siete cunas. Para 1970, entran dos nuevos médicos al Servicio: el Dr. Samuel Guenny y el Dr. Enrique Zea, quienes trabajaban también con el Dr. Perret Gentil en el Hospital Militar. Todavía en 1970, no existía Comisión Técnica del Hospital Pérez Carreño, así que, su Director, Dr. Otto Hoffman, constituyó un Consejo Consultivo del Hospital, en el cual participé como Jefe del Servicio de Neurocirugía. Un año después, el Dr. Enrique Zea va en viaje de estudios a Estados Unidos y nos es enviado como residente de posgrado el Dr. Fernando Pérez Font. Desde este momento hay un movimiento de acercamiento entre la Universidad Central y el Hospital Pérez Carreño para iniciar en este último un curso de posgrado en neurocirugía, que al final sería reconocido por la Universidad Central, en 1972, para otorgar el título de *Magister Scientiarum* en Neurocirugía. En efecto, fui nombrado Director del Curso de Posgrado, y busqué la colaboración de los otros médicos que trabajaban

conmigo. El Dr. Saúl Krivoy fue coordinador para un programa tentativo, que resultó ser ambicioso y difícil de conciliar con la gran carga asistencial que recibían los cursantes del posgrado. El primer graduado del curso fue el Dr. Fernando Pérez Font, en 1976. Sucesivamente, y al principio un nuevo estudiante de posgrado por año, entraron al Servicio: Carlos Fleming, Luis Rodríguez, Antonio Rodríguez y Alejandro Carrillo, luego, pudimos aumentar el cupo a dos o tres aspirantes por año.

En 1971, después de 21 años de trabajo en el Centro Médico de Caracas, me retiré de dicha actividad privada, y quedé como Jefe de los Servicios de Neurocirugía del Hospital de Niños “J.M. de los Ríos” y del Hospital Miguel Pérez Carreño. En 1972, sale a luz pública un pequeño libro escrito por mí y publicado por Ediciones Monte Ávila: “Hombre: Dueño y Esclavo”. Quería demostrar que al lado de la profesión como médico y neurocirujano, estaba primero el hombre, preocupado por comunes pero grandes problemas de la vida diaria; quería aconsejar a los jóvenes, informar a los jóvenes. Realmente, la publicación de ese libro, fue algo muy importante para mi estado espiritual, pues las cosas materiales son diariamente comentadas, pero los sentimientos, su repercusión en nosotros y en los demás, se olvidan a menudo. En enero de 1975, fui sorprendido por una enfermedad no sospechada (un gran divertículo de la vejiga), fui operado por el Dr. Luis Rodríguez Díaz, quien además de la resección del divertículo, extirpó dos grandes nódulos de la próstata. El período posoperatorio fue dificultoso y la recuperación lenta y larga, prácticamente estuve 3 meses sin trabajar. Para 1975, me separé de la Jefatura del Servicio del Hospital de Niños y queda encargado de su dirección el Dr. Abraham Krivoy. Durante el mismo año 1975, entre el 12 y el 17 de octubre, se lleva a efecto en Venezuela el XVI Congreso Latinoamericano de Neurocirugía, en el Hotel Macuto Sheraton, bajo la presidencia del Dr. Alberto Martínez Coll, quien me honró con la nominación de Presidente Honorario del Congreso, junto con su maestro Dr. León Mir. Este Congreso fue muy exitoso, y asistieron personalidades notables de la neurocirugía y neuroradiología mundial. En octubre de 1976, leí un trabajo en el Hospital “Luis Ortega”, de Porlamar, sobre “la neurotraumatología en medios no especializados”, luego este mismo trabajo fue impreso y repartido en el siguiente Congreso Venezolano de Cirugía, el XIV, que se celebró en Puerto Ordaz (Ciudad Guayana), en marzo de 1977.

En mayo de 1976, el Dr. Perret Gentil y el Dr. Daniel Guenni, se retiran del Hospital Pérez Carreño, y el Seguro Social inicia con ellos una Consulta de Neurocirugía en el Hospital “Ildemaro Salas”, comienzan a efectuar algunas operaciones, pero esta Consulta externa, así como la parte quirúrgica quedan completamente desvinculadas del Servicio de Neurocirugía del Hospital Pérez Carreño. Es decir, el Seguro Social crea un nuevo servicio con dos médicos, quienes igualmente trabajan en el Hospital Militar, es decir, en el mismo edificio; ya que el Hospital Ildemaro Salas es una parte del primitivo Hospital Militar. Este nuevo Servicio de Neurocirugía no hacía trabajos de emergencia, ni tenía guardias nocturnas, de modo que se restó personal al Hospital Pérez Carreño, sin que se beneficiara la atención de los asegurados. Para noviembre de 1978, frente a un deterioro de la disciplina en la marcha del Servicio y cansado de las labores administrativas que se hacen cada día más exigentes, pido mi jubilación al Instituto Venezolano de los Seguros Sociales, y dejo así la Jefatura del Servicio de Neurocirugía, la cual será llenada con el Dr. Saúl Krivoy, a través de un concurso en el cual no tuvo contendor.

Desde el 16 al 19 de mayo de 1979, se llevaron a efecto las VI Jornadas Nacionales de Neurocirugía en Barquisimeto. La Directiva de la Sociedad estaba presidida por el Dr. Roger Perret Gentil, quien tuvo la gentileza de nombrarme “Presidente Honorario” del evento. En esa oportunidad se debatió el tema “La formación del neurocirujano en Venezuela”, yo presenté un trabajo escrito que entregué a la Directiva de la Sociedad. En los meses de agosto a octubre de 1979, organicé un Curso para enfermería neuroquirúrgica, que se dictó en el Hospital Pérez Carreño y el que terminó con 60 alumnos, entre enfermeras y enfermeros; algunas de las enfermeras participantes vinieron del interior: Mérida, Apure, Carabobo, Aragua y las demás de todos y cada uno de los Hospitales de Caracas: Hosp. Vargas, Hosp. José Gregorio Hernández (Magallanes), Hosp. de Lídice, Hosp. José María Vargas de La Guaira, Hosp. Militar, Hosp. de Niños J.M. de los Ríos, Hosp. Elías Toro, Hosp. Médico-Quirúrgico del Oeste, Hosp. José Gregorio Hernández (IVSS), Hosp. Ildemaro Salas, Hosp. Pérez Carreño, Maternidad Santa Ana e Instituto Diagnóstico. El curso fue dictado por todo el personal del Servicio de Neurocirugía, coordinado por mí. Para noviembre de 1979, y después de haber evaluado el esfuerzo que se había hecho, pasé a la

sección de enfermeras del Hosp. Pérez Carreño, unas conclusiones sobre el curso de neuro-enfermería y proponía para el futuro cursos más profundos y de mayor duración, pero con sólo 10 ó 12 enfermeras participantes, especialmente del interior del país.

En diciembre de 1979, fui designado “Miembro Honorario del Cuerpo Médico del Hospital Pérez Carreño”, junto con otros médicos jubilados del Hospital, en ceremonia donde estuvieron presentes, el Presidente del Instituto de los Seguros Sociales, el Jefe de la División de Medicina y los Directores del Hospital Pérez Carreño. Debo señalar, que desde que entregué el cargo de Jefe de Servicio de Neurocirugía del Hosp. Pérez Carreño, no he dejado de asistir dos veces por semana a dicho hospital, pero ahora en funciones docentes, lo cual me mantiene ligado al Servicio que fundé y al continuo estudio de los avances de la especialidad. Esta labor docente no se ha limitado a recitar temas que se encuentran en los libros, sino que me han permitido discutir diversas opciones en cuanto a la conducta a seguir en relación con el enfermo y con la familia del paciente. La eficiencia no está sólo en la diligencia de hacer, sino en el respeto a la vida y a la dignidad humana; en el mejor cuidado pre y posoperatorios; en el seguimiento de todos los casos para evaluar, si nuestra conducta se dirigió siempre hacia el bienestar y la mejor recuperación de los enfermos. He insistido en la prédica de lo que entiendo por ética médica, la constancia en nuestros cuidados, la cortesía ante la angustia de pacientes y familiares. Me he mantenido atento a los progresos de la especialidad, y con gran afán los he defendido con interés, sin perder de vista que “lo primero es no hacer daño” (*primum non nocere*) y sobre todo, daños irreparables. He tratado de inculcarles a los residentes, sentido de responsabilidad, les he exigido mayor estudio y la mejor distribución del trabajo y el tiempo; les he exigido respeto a la jerarquía; he tratado de enseñarles la unidad del cuerpo humano y no centrar la atención sólo sobre el aspecto neurológico.

Durante el II Congreso Venezolano de Neurocirugía que se llevó a efecto en el Hotel Caracas Hilton, en marzo de 1981, tuve el honor de que los Directivos del Congreso, incluyeran mi nombre para una cena homenaje a los maestros de la Neurocirugía Venezolana: Dres. Rafael Castillo, Alberto Martínez Coll y yo, en la cual se haría entrega de sendas placas de reconocimiento. Los Dres. Castillo y Martínez Coll no asistieron, así que yo pronuncié unas cuantas palabras de agradecimiento en nombre de los tres. En junio de 1981, fue creada por el Ministerio de Sanidad y Asistencia Social, la “Comisión Asesora sobre Enfermedades Neurológicas”, con la participación de un neurólogo, representante del Ministerio con el carácter de Coordinador, un representante de la Academia Nacional de Medicina, el Presidente de la Sociedad Venezolana de Neurología, el Presidente de la Sociedad Venezolana de Neurocirugía, el Profesor Titular de la Cátedra de Neurología del Hospital Universitario (Escuela de Medicina “Luis Razetti”), el Profesor de la Cátedra de Neurología del Hospital Vargas (Escuela de Medicina “Vargas”), y un representante del Instituto Venezolano de los Seguros Sociales (distinción que me fue ofrecida por su Presidente y el Jefe de la División de Salud de los Seguros Sociales). Tengo la satisfacción de haber trabajado en dicha Comisión con interés y buena fe, llevando por escrito a su seno, una serie de reflexiones y proposiciones. En agosto de 1982, entregué a la Comisión, esta vez presidida por el Director de Salud Pública, acompañado por la Jefa de la División de Enfermería del Ministerio, los originales de un pequeño libro que había escrito, “Manual de la enfermera neuroquirúrgica”, con el fin de que sea guía para unos cursos que se proyectan para un próximo futuro.

Desde hace unos ocho años, he venido publicando en el diario “El Universal”, notas en relación a la sociedad, a la familia, a los individuos; referencias a los hospitales, a los médicos, a las enfermeras, a los estudiantes. En fin, conceptos de orientación sobre la verdad, la honestidad, el trabajo, la dignidad personal, y otros temas, que he creído son puntales contra el ocio, el facilismo y la corrupción, así como motores para la cortesía, la humildad bien entendida, la conformidad sin envidia y los valores de la amistad.